

En el centenario de la Primera Internacional

Manuel Espinoza Orellana

El 28 de Septiembre se cumplen 100 años de la fundación de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores. Es un mes sintomático, significativo también, para nosotros los chilenos. Es el mes en que la gran mayoría de nuestro pueblo, romperá definitivamente las ataduras de hierro de su explotación. No hay mejor celebración de este magno acontecimiento ocurrido hace un siglo, que tributarle a los hombres que lo hicieron posible, nuestra más solidaria adhesión manifestada en el triunfo popular y multitudinario de los trabajadores chilenos. Porque la Primera Internacional constituyó en el siglo 19, el principio de ascenso de la clase trabajadora mundial hacia la toma de conciencia política de su propia realidad social, y de su condición de clase revolucionaria.

Recordar estos antecedentes históricos del movimiento obrero internacional, es volver a las fuentes vitalizadoras de los orígenes del proletariado moderno como fuerza combativa y de acción.

Los convulsivos sucesos de 1848 en Europa, que pusieron de manifiesto la aún débil orientación de los trabajadores y la poca gravitación de las ideas socialistas en la irrupción de estos movimientos revolucionarios, se constituyen no obstante, en una experiencia valiosa para los elaboradores del marxismo y para los dirigentes más conscientes que de una u otra forma buscan el ascenso de la clase obrera y artesanal. La "Unión de los Justos", sociedad obrera clandestina fundada en París en 1836, viene a brindar la posibilidad de un cambio en la lucha social, bajo la orientación de Marx y Engels. Institución de tipo mutualista, destinada a resolver en parte los pequeños problemas inmediatos de los obreros, de-

rivados de su estado de cesantía, de sus salarios misérrimos, de su constante agonía material, tiene sin embargo la importancia de ser un factor de unificación en la pobreza y en las esperanzas de los sectores desvalidos. La participación constante en ella de Marx y Engels a través de sus dirigentes más activos, inicia un germen de influencia orientadora, que la capacita para su próximo paso. Los acontecimientos de 1847/1848, y la agudización constante de los problemas de la clase trabajadora, que superan cada vez más las posibilidades de acción positiva de la sociedad, hace que sus dirigentes resuelvan darle un carácter internacional y trasladen su directiva central a Inglaterra constituyéndola en aglutinante de importantes sectores obreros. En el verano de 1847, durante la celebración del Congreso de la "Unión de los Justos", se produce una reorganización total de la sociedad, estableciéndose un nuevo Estatuto en el que al formular la finalidad de la nueva institución, dice lo siguiente: "... que se propone el derrocamiento de la burguesía, el dominio del proletariado, la destrucción de la vieja sociedad burguesa cimentada sobre antagonismos de clase, y la creación de una nueva sociedad sin clases y sin propiedad privada". Es decir, que partía de las tesis fundamentales del socialismo científico de Marx y Engels. Se llamó desde entonces "Liga de los Comunistas" y empezó a actuar clandestinamente propagando las ideas del socialismo científico. En el II Congreso celebrado en el mismo año, se aprobó el Estatuto y se encargó a Marx y Engels redactar el programa que sería publicado como el Manifiesto de la "Liga de los Comunistas". A estas circunstancias obedece la publicación del Ma-

nifiesto Comunista de 1848, el que fue dado a conocer en Londres y Bruselas en Enero y Febrero de 1848.

El Manifiesto Comunista se constituye desde su aparición en el instrumento ideológico del proletariado. Es, a la vez que una interpretación de la realidad histórica, un método de acción revolucionaria de incalculables consecuencias para la proyección de la conciencia de clase de los trabajadores. Con el Manifiesto Comunista se daba respuesta definitiva a las sinrazones del socialismo utópico, en sus diversas expresiones pequeñoburguesas. El proletariado tenía ya su propia concepción teórica del desarrollo económico de la sociedad y de su condición de sector asalariado. Pero a diferencia de las concepciones burguesas, la filosofía del proletariado era una filosofía de la acción, era un instrumento transformador; primero, de su propia conciencia, al transformarlo en una conciencia de clase, y después, de la sociedad misma, al permitirle actuar como clase social revolucionaria, que realizando su destino histórico produce irremediamente la transformación de la sociedad burguesa. El proletariado convertido en una clase social consciente, se constituye en el heredero de la filosofía, en cuanto a fuerza revolucionaria que debería en sentido histórico y real, destruir a la burguesía y sus instituciones superestructurales.

El Manifiesto Comunista surge en momentos en que el capitalismo industrial agudiza críticamente las relaciones sociales de producción de la vida material, manifestando de manera elocuente las características del sistema. Es así como el primer capítulo del Manifiesto denominado "Burgueses y Proletarios", expresa en uno de sus párrafos lo siguiente: "La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rascos de la industria trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a toda hora bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contra maestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro".

El hombre dentro de este régimen, se em-

pezaba a constituir cada vez más en un medio, destinado a producir acumulación constante de riquezas en manos del capitalista. Y así las formas de producción de la vida material, desarrollaban relaciones sociales basadas en la explotación masiva del trabajo asalariado. Por una parte concentración de riqueza, y por otra, concentración irremediable de la pobreza encarnada en los cada vez más vastos sectores de asalariados industriales. El Manifiesto Comunista opera en la conciencia de estos sectores un cambio fundamental en su condición de siervos. Les transforma en una clase social pujante y arrolladora. La masa caótica y amorfa de los irredentos explotados, con sus mil contradicciones internas derivadas de su estado de ignorancia, con sus prejuicios religiosos de carácter ancestral, con su temor biológico e instintivo hacia su propio destino, que les parece enraizado en la fatalidad definitiva y en su propio complejo de culpabilidad, empieza a sufrir la metamorfosis de una crisis de conciencia, de un cambio en el estado de sus creencias, que se manifiesta lentamente como la toma de razón de su propia realidad social. Surgen los partidos vanguardias en diversos países; la desconciencia que convierte a los obreros en una clase "en sí", sin motivación propia porque no actúan por sí mismos, se transforma en clara conciencia de su poder como clase mayoritaria impulsadora de la historia. Se constituye en una clase "para sí", fuerza revolucionaria, motor actuante que marcha en pos de su propia liberación. Y las direcciones subjetivas, los partidos vanguardias de la clase obrera, bajo la instrumentación ideológica del Manifiesto Comunista, inician el proceso de la acción revolucionaria conduciendo a las fuerzas del proletariado internacional a su lucha de confrontación con la burguesía y con el orden burgués.

El Manifiesto Comunista impulsa el florecimiento de la conciencia de clase del proletariado y da margen a la formación de los primeros partidos revolucionarios. La Primera Asociación Internacional de Trabajadores, obedece también a necesidades muy concretas y reales de los trabajadores. Sus cuadros partidarios se habían desarrollado e incrementado de manera muy importante desde 1848. Hacia 1864, el capitalismo y la clase obrera están en un intenso proceso de expansión. Se agudizan ferozmente las relaciones de trabajo y producción. Los movimientos sociales en Europa, que a partir de las crisis de mediados del siglo adquieren perspectivas

de mayor expresión revolucionaria, reclamaban imperiosamente la unidad internacional de los diversos sectores proletarios. Así se llega al gran mitin internacional de Londres del 28 de Septiembre de 1864. Había sido preparado por la inteligente y tesonera labor de Marx y Engels. En aquel mitin se acordó organizar una Internacional obrera permanente, eligiéndose un Comité para elaborar el Estatuto y el Programa dirigido al proletariado internacional. El Estatuto y el Programa fueron elaborados por Marx y Engels, quienes introdujeron a ellos todas las ideas fundamentales del Manifiesto Comunista. Así nace el 28 de Septiembre de 1864 la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional).

El Manifiesto de constitución de la Primera Internacional expresa: Que el crecimiento de la riqueza social y los progresos de la industria en las condiciones del capitalismo, no eliminan la miseria de la clase obrera, y que por el contrario su situación empeora más y más siendo su destino vivir oprimida económica y políticamente. Que el proletariado internacional debe comprender la inevitabilidad de la destrucción de la propiedad privada de los medios de producción y la necesidad de organizar un fuerte partido proletario que les llevará a la conquista del poder por una vía revolucionaria. Es decir, que la Primera Internacional se expresa ideológicamente, en términos del socialismo científico, adoptando los métodos de acción señalados en el Manifiesto Comunista. Asimismo el Estatuto de la Internacional redactado también por Marx y Engels, contiene en su parte programática algunas expresiones que definen su esencia revolucionaria. Por ejemplo: "que la emancipación de los obreros debe ser obra de los propios obreros; que los obreros no aspiran a crear nuevos privilegios sino a destruir toda dominación de clase; que la dependencia económica del obrero hacia el poseedor de los medios de producción, constituye la causa fundamental de la esclavización de los obreros; que la emancipación económica de la clase obrera se declara por esta causa, el gran objetivo, y el movimiento político, el medio para obtener la emancipación económica".

Pero como es comprensible, la madurez política del movimiento obrero en dicha época, que recién empezaba a comprender su propia problemática interna y externa, manifestó sus deficiencias y su diversidad de nivel en los diversos países, y por lo mismo su repercusión en el seno de la Internacional vino a

ménoscabar la proyección positiva de la institución. Los organismos que constituían la Primera Internacional formaban un mosaico de difícil conjugación en un denominador común. Partidos políticos, instituciones sindicales, educativas, propagandísticas, etc. estaban adscritas a la Internacional acusando su acuerdo con los principios básicos de la institución. Pero en el plano ideológico si bien Marx había logrado imponer los fundamentos principales de su teoría, no es menos cierto que actuaban en la Internacional otras corrientes doctrinarias que generaban una pugna constante y contra las cuales el marxismo debía defenderse permanentemente. Los socialistas utópicos, fundamentalmente los proudhonianos, y luego la corriente anarquista capitaneada por Bakunin, presentaron la lucha más decidida contra el marxismo.

En el Congreso de Ginebra realizado en 1866, se manifestó abiertamente esta pugna, en la que los proudhonianos rechazaban terminantemente las huelgas como vehículos de lucha; se expresaban en contra de la organización de sindicatos y en contra de la jornada de 8 horas y del empleo del trabajo de la mujer en la producción. Con esto último pretendían defender la condición de "ama de casa" y de piedra angular del grupo familiar de la mujer. Los proudhonianos fueron totalmente barridos en sus pretensiones de imponer estas ponencias, siendo aprobadas integralmente las proposiciones de los marxistas.

No obstante que los resultados de este Congreso se manifestaron favorables a las posiciones sustentadas por Marx y Engels, la lucha interna continuó agudizándose hasta llegar al Congreso de Basilea en 1869, en que los proudhonianos fueron definitivamente derrotados, pensándose que era ya difícil una seria oposición a las teorías revolucionarias de Marx, las que habían sido aceptadas ya casi integralmente por los nueve (9) países representados en el Congreso.

Después del triunfo de Ginebra de 1866, una serie de huelgas se desencadenó en Europa como consecuencia del agudizamiento de la crisis económica que afectaba especialmente a Francia y Bélgica. La Internacional constituía el foco directivo de esta ola de huelgas. Las más importantes, las de los bronceros en París y la de los forjadores de rejas de hierro en Londres. Para romper esta última los productores pretendieron enganchar obreros en Francia. La Internacional envió sus instrucciones a la sección francesa de la institución y la huelga fue ganada por los obreros ingleses.

Es evidente que la Primera Internacional pese a todos los problemas internos y externos propios del momento histórico en que se encontraba el capitalismo como sistema, cumplía la finalidad que las necesidades materiales y sociales de la clase trabajadora internacional le habían asignado. La conciencia política del proletariado se afirmaba lentamente y las posiciones pequeño-burguesas de algunos sectores de obreros y artesanos tendían a debilitarse. No obstante el anarquismo mantenía aún una lucha sorda y enconada buscando el control del Consejo General de la Internacional y la eliminación de la influencia decisiva de Marx dentro de la institución y del movimiento obrero en general. Miguel Bakunin ingresa en 1868 a la Internacional, manifestándose contrario a la acción planificada del proletariado en contra de la burguesía. Su negación del estado y su aversión profunda contra el comunismo, le hacían coincidir en sus posiciones con los proudhonianos, buscando sectores de influencia entre las capas pequeño-burguesas, artesanales y campesinas, así como en los grandes contingentes de parados cuya desesperación pretendía hipotecar en beneficio de sus ideas. Los bakunistas pretendían la eliminación del Derecho de Herencia y por ello dieron su gran batalla en el Congreso de Basilea, moción que fue rechazada por el Congreso. La permanente campaña de difamación que Bakunin proyectaba en contra de Marx y las serias obstaculizaciones que los anarquistas oponían a la labor de la Internacional, hicieron que el Congreso de La Haya de 1872 adoptara la resolución de expulsar a Bakunin y sus partidarios anarquistas del seno de la Internacional. El Congreso señaló claramente que sólo la lucha política del proletariado podía brindar la posibilidad de solucionar los problemas económicos de los trabajadores. Que en estas circunstancias, la actitud de los anarquistas al negar la acción política de los trabajadores, separándola de su lucha económica, establecen un principio de debilitamiento y desorientación de la clase obrera, constituyéndose por lo tanto en traidores a la causa del proletariado.

No obstante haberse obtenido eliminar el peligro de los anarquistas en el seno de la Primera Internacional, el Congreso de La Haya determinó trasladar la sede del Consejo General de la institución a los EE. UU. Y ello, porque la experiencia de la Comuna de París en 1871 y su derrocamiento por parte de la burguesía, había significado la proyección de

una ola de represiones de las instituciones obreras en escala internacional. Las secciones de la Primera Internacional fueron disueltas en muchos países y perseguidos sus integrantes encarcelando a muchos de ellos. Los trabajadores temerosos no se atrevían a volver al seno de la institución y la formación de nuevas secciones y captación de adherentes se hacía punto menos que imposible. Por lo demás el bakuninismo si bien expulsado de la Internacional, mantenía su red de intrigas y presiones que impedían efectuar de una manera positiva la labor de proyección política de la Primera Internacional.

En el año 1876, La Primera Internacional de Trabajadores, desaparece por acuerdo de sus miembros directivos y congresales, en el Congreso de Filadelfia en los EE. UU.

La Primera Internacional desaparece después de haber cumplido una tremenda labor histórica. Ella fue la de fundar las bases para la organización de los partidos proletarios nacionales de masas. La unidad de la lucha política y sindical es otra de las enseñanzas fundamentales que Marx y Engels establecieron a través de la Primera Internacional. Son éstos, los objetivos de mayor trascendencia histórica que pueden adjudicársele sin reservas a esta primera institución internacional de trabajadores.

Y como decíamos al principio de estas líneas, la celebración de los 100 años de la fecha de fundación de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores el 28 de Septiembre, en 1964 coincidirá sintomáticamente con el triunfo de la clase trabajadora chilena, que no es sólo un triunfo electoral. Porque la victoria popular del 4 de Septiembre tiene el significado histórico de ser el momento que señala el fin de un sistema de opresión y explotación, y el comienzo de una nueva etapa en la vida económica y social de la República, la etapa de la liberación del proletariado urbano y rural y de la construcción de un nuevo destino para nuestro país. No puede haber mejor tributo a los 100 años de la Primera Internacional, que el que se dispone a rendirle la clase trabajadora chilena, dando con el triunfo del 4 de Septiembre la prueba más concluyente de que el Manifiesto Comunista de 1848 y la Primera Internacional de Trabajadores, no han pasado en vano. Y el lema sigue resonando cada vez más claro en nuestras conciencias:

¡¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES,
UNIOS!!